

Así: del fondo del hondo...

¡Qué dulzura y qué!... en fin...

«... el quechua blando

Cede al embate y bajo el golpe espira
La incásica nación... Grito nefando...»

Otro golpe, ú otro golpespira:

«... los indios gimen,

Pero el yanque los caza como á perros,
Y vosotros jamás hicisteis tanto.»

Yo lo creo; ni tanto ni nada de eso hicimos nosotros. Eso es verdad... aunque no es poesía.

«La fe os guió y el genio, y vuestros yerros
Están cubiertos por el velo santo
De religión y ley... Los altos cerros...»

Hombre, eso es marcharse por los de Úbeda.

Vaya usted con Dios.

V

En una revista centro-americana titulada *Cuartillas*, he encontrado un soneto con esta firma al pie: *Justo A. Facio*, y con estos dos rótulos á la cabeza: *Tu musa, á Julián del Casal*.

Es de advertir que Julián del Casal era un mal poeta cubano, muy celebrado allá, en la sociedad de elogios mutuos, cuyos órganos son *El Hogar*, *La Habana Elegante*, *El País* y otras publicaciones más ó menos antiespañolas en política, pero igualmente noñas en literatura.

Comienza así el soneto del señor Facio:

«La frente pura y celestial...»

—¡Lo de siempre!— dirán ustedes:—építetos á pares.

Pues sí, lo de siempre.

«La frente *pura* y *celestial ornada*
Con el ciprés *que túmulos decora...*»
(¿Ornada con ciprés una señora?...
Parecerá del todo una monada.)

Porque habremos de convenir en que el ciprés, aunque sea el *que túmulos decora*, como dice el señor Facio para rellenar el verso y hacer consonante, ornando la frente *pura* y *celestial* de una mujer, de la viuda de Casal, ha de resultar un ornamento bastante raro.

Y vamos adelante.

Dice después el señor Facio que la de «la frente *pura* y *celestial ornada* con el ciprés *que túmulos decora*» (no se olvide que es con el *que túmulos decora*),

«Lleva con fe de mártir *salvadora...*»

Donde ya no se sabe si la *salvadora* es la fe ó es la mártir; es decir: no se sabe si el señor Facio quiere decir que la *musa* lleva con *salvadora* fe de mártir, ó quiere decir que lleva con fe de *salvadora mártir*.

Inclínome á creer que el señor Facio habrá querido decir lo primero, vamos, que en la intención del señor Facio la *salvadora* será la fe; pero la *sintaxis* no está enteramente de acuerdo con esa intención, y parece reclamar que sea la mártir la *salvadora*.

Sea de esto lo que quiera, vamos á ver qué es lo que lleva la señora de la frente *pura* y

celestial ornada con el ciprés *que túmulos decora*:

«Lleva con fe de mártir *salvadora*
En la mano tu lira *levantada...*»

¿Verdad que estará de ver la señora con el ciprés en la frente y la lira en la mano?

¡Ah! y la lira... *levantada*; porque ha de ir precisamente *levantada*: si no, no vale... ni concierta.

Sigamos leyendo:

«No te ama...»

¡Horror! ¡Vaya una noticia para el difunto! Vale Dios que no tiene de malo más que el principio, porque luego viene á decir lo contrario.

Hay escritores tan faltos de misericordia y de... *sintaxis*, que hasta para dar buenas noticias empiezan asustando á la gente.

«No te ama... y sirve con amor oculto...»

—¡Ah!

Sí; respiren ustedes: lo mismo hice yo la primera vez que lo leí, al comprender que el *poeta* quería decir lo contrario de lo que dice.

«No te ama y sirve con amor oculto,
Pues es por noble y seductor ejemplo...»

¡Cuidado que es malillo el verso éste, con su *pueses* y sus dos epítetos *noble* y *seductor*!

«No te ama y sirve con amor oculto,
Pues es por *noble* y *seductor* ejemplo
Divina pregonera de tu gloria:
Vestal enamorada de su culto,
(¿*Vestal* y *viuda*? ¡*Peregrina historia*!)
En el del Arte *incommovible* templo
(*Trasposición se llama este... tumulto*)
Alimenta una llama—tu memoria!»

Bueno. Pero conste que el adjetivo *incommovible*, que no debe de haber tenido para entrar en ese verso más recomendación que la de ser largo y llenar casi la mitad, lo mismo puede referirse al templo que al arte.

Y ahora, ya que he llamado mal poeta á Julián del Casal, voy á demostrar, así como de paso, que lo es, ó lo fué; para lo cual bastará copiar como muestra un soneto suyo que se lee en la misma revista.

Titúlase el tal soneto *Preocupaciones*, y es como sigue:

«*Cual* *labrador* que con *pujante* brio...»

Este primer verso ya es malo, porque es duro el comienzo *cual* *labrador*, donde la ele final de la primera palabra y la ele inicial de la siguiente rabian de hallarse juntas, ó hacen rabiar al que va á pronunciarlas.

A más de que el adjetivo *pujante* es un ripio muy... ripio, porque luego no hay tal pujanza.

«*Cual* *labrador* que con *pujante* brio
Del sol *naciente* á los fulgores *rojos*...»

Aparte de lo mal aplicados que están los adjetivos *naciente* y *rojos*, pues no es el sol *naciente* el que sofoca y quema al *labrador*, sino el sol meridiano, ni los fulgores del sol *naciente* suelen ser *rojos*, sino *pálidos*; aparte de estas impropiedades, todo este segundo verso es un puro ripio, ya que no hace otro oficio que llenar un hueco en el soneto, retardando la acción, si la hubiere, y desmintiendo la pujanza prometida.

«*Cual* *labrador* que con *pujante* brio
Del sol *naciente* á los fulgores *rojos*
Devastando del campo los *abrojos*...»

Otro disparate.

Porque el verbo *devastar* sólo se usa, como suelen decir los académicos, en mala parte, es decir, en el sentido criminal de destruir lo bueno, lo que no debe destruirse. El verbo *devastar* significa arruinar, destruir campos, sembrados ó poblaciones, pero no arrancar ó descepar malas hierbas, como el *abrojo*, planta dañosa á la agricultura.

Vamos otra vez:

«Cual labrador que con pujante brio
Del sol naciente á los fulgores rojos
Devastando del campo los abrojos,
Granos siembra en el surco á su albedrío...»

¿A su albedrío y en el surco...? Me parece que las dos cosas no se compaginan bien, porque si siembra á su albedrío no sembrará sólo en el surco. O tiene que ser el albedrío del labrador un albedrío muy limitado.

¿O es al albedrío de los granos lo que ha querido decir...? Los granos no tienen albedrío. Pero aunque poéticamente se le concedamos, tampoco resulta bien la frase; pues si los granos caen á su albedrío, no caerán todos en el surco.

Lo que hay es que el *albedrío* hacía falta para concertar con *brio*; para lo mismo que luego hará *frío*, probablemente.

A no ser para eso, no había que decir que el labrador siembra á su albedrío; porque entendiendo esta frase en el sentido de sembrar sin coacción, libremente, claro es que el labrador, como hombre, como sér libre, ha de hacer las cosas según su albedrío; mas si se entiende en el sentido vulgar de sembrar á capricho y sin reglas, entonces la expresión resulta falsa, porque el labrador no suele sembrar así.

De todos modos, la expresión del señor Casal no puede ser más desgraciada.

Porque hay dos maneras de sembrar, contrapuestas la una á la otra: sembrar á puño, y sembrar á surco. Sembrando á puño, el sembrador esparce los granos por la tierra, sin mirar dónde caen; sembrando á surco, el sembrador va detrás del arado, y deja caer la simiente grano á grano en el surco solamente.

Suponiendo que el señor Casal cuando dice que el labrador *siembra á su albedrío* ha querido decir que siembra á puño, ó á granel, huelga lo del surco; y por el contrario, habiendo dicho que el labrador siembra *en el surco*, huelga lo del albedrío.

A más de que tampoco es cierto que el labrador *devaste*, como dice Casal, ó *desepe*, como debía decir, los abrojos sembrando granos, ó siembre granos desceparando abrojos. Porque son dos operaciones distintas, y no queda hecha la una al hacer la otra, como se da á entender en el soneto.

Adelante:

«Cual labrador... etc.
Y en la noche, al oír el viento frío...»

¡Buen oído se necesita para conocer por él si el viento es frío ó caliente...! ¡Buen oído!
¡Al oír el viento frío...!

¡Cosa más rara...! El señor Casal, que no tiene oído para conocer la armonía y la desarmonía de los versos, le tiene para distinguir el viento frío del viento templado, ó por lo menos atribuye esa poderosa facultad al labrador de su soneto.

Por lo demás, es claro que después de haber hecho al labrador sembrar á su albedrío, el viento tenía que ser frío.

«Y en la noche, al oír el viento frío,
Se le llenan de lágrimas los ojos,
Porque teme encontrar sólo rastros
Donde soñó la mies en el estío.»

Tampoco sabe el señor Casal lo que son *rastrojos*... ó *restrojos*, que es como más propiamente se dice, pues no tiene nada que ver con *rastro*, como ha podido creer la erudición á la violeta, sino con *resto*, viniendo del latín *restípulo*, de *restípula* y *stípula*, caña de la mies; y *restrojo* dice constantemente el pueblo en el antiguo reino de León, casa solariega del idioma.

¡Encontrar sólo *rastrojos* donde soñó la mies!...

¡Pero, hombre! ¡si el *restrojo* es posterior á la mies y consecuencia de ella, y sin que haya habido mies y se haya segado, no puede haber *restrojo*!

¡Si no es posible encontrar sólo *rastrojos*, ó

restrojos sin mies, pues no hay *restrojo* sino allí de donde se ha levantado la mies!

¡Qué atrasados de noticias andan estos vates americanos!

Unos creen que las golondrinas hacen nidos en la emigración invernal...

Otros creen que los *restrojos* son campos donde no ha nacido el trigo...

Pues también hay poeta tropical que cree que las yeguas rumian.

Y lo dice así, tan sereno, en una descripción campestre:

«... el rijoso caballo relinchaba
Al olor de la hembra,
Que indiferente, la cabeza baja,
Entre *rastrojos* secos de la siembra
Rumiaba lenta la verdosa paja.»

¡Qué había de rumiar!... No señor... las yeguas no rumian.

¡Vaya! Ni aunque fueran los tales vates hermanos de doña Emilia Pardo Bazán, la que cree que la garduña vuela...

Se dirá que se puede ser poeta y escritor sin saber zoología ni agricultura...

Yo creo que no; pero aunque se pudiera, siempre sería conveniente no hablar del arquitecave.

También se dirá que habiendo académicos en la metrópoli que no saben, por ejemplo, de la culebra otra cosa sino que es un *animal*

sin pies que anda á la rastra (1), nada tiene de extraño que haya poetas coloniales que confundan á la yegua con la vaca y no distinguan el restrojo del yermo.

Y aquí sí que apenas hay contestación posible.

Por aquello de que cuando el cura anda á peces, ¿qué harán los feligreses?

Verdad es que la Academia no es cura del idioma, sino enfermedad incurable.

Volviendo al soneto agrícola de Casal, hay que señalar la anfibología del último verso citado, en el cual no se sabe si quien soñó fué el labrador ó fué la mies; y aun pensando piadosamente que fuera el labrador, porque la mies no suele soñar, no se sabe si el labrador soñó en el estío, ó soñó antes del estío que habría mies en el estío.

Y siguen los tercetos:

«Así yo que en *mis verdes primaveras...*»

De modo que los ocho primeros versos del soneto se emplearon en el primer término de una comparación, y podrían reducirse á estas pocas palabras: «Como labrador que siembra y teme no coger...»

(1) Textual.—*Diccionario de la lengua castellana* compuesto por la Real Academia Española, duodécima edición, 1884.

Todo lo demás son ampliificaciones ó dígase ripios.

Me parece, pues, que el soneto es bastante ripioso.

Y le he comentado, por excepción, siendo de autor que ya no vive, por ser de autor, como he dicho, muy celebrado de los periódicos cubanos referidos.

Los cuales ahora mismo vienen poniendo por las nubes una colección de malos versos del mismo Julián del Casal recién publicada en la Habana con el título de *Bustos y rimas*.

Y sin embargo... no hay más que abrir la colección por cualquier parte para ver la poca inteligencia con que aquellos periódicos juzgan de materias literarias, para ver la poca justicia con que tributan los más grandes elogios, para ver, en fin, el convencionalismo inocente con que se alaban unos á otros los cubanos, y la candidez con que, como dice el personaje del *Certamen nacional*, «se engañan en familia.»